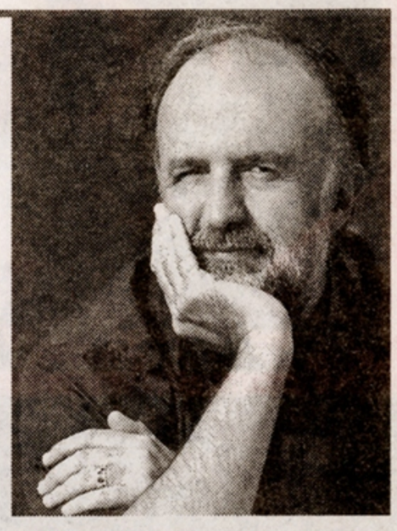
"Narciso", la señal más profunda de estos tiempos



Por Marco Antonio de la Parra

Era sábado y llovía y todo parecía ir mal. Mis dos acompañantes españoles, representantes acérrimos de la vanguardia teatral, querían ver algo chileno. Tuvimos que rogar para entrar a ver **"Narciso"**. En el periódico, un celular que no contestaba nunca, una lista de espera interminable, sólo 20 espectadores por función. Era el grupo de Manuela Infante, que partió años atrás con "Prat", con un escándalo impropio y los balbuceos de lo que el año pasado sería "Juana", premiada y reconocida.

La lluvia hizo correr la lista de espera y entramos.

Descendimos al subterráneo de Sonoro, el café donde están trabajando, en la esquina de Santo Domingo con Miraflores, donde años atrás había una tienda para submarinistas.

No esperábamos lo que vimos, nadie lo esperaba, ni siquiera me temo que Manuela Infante y Cía. lo esperaran.

En un vértigo teatral del más alto voltaje, dos actores jóvenes de esos que sólo hacen teatro hasta el borde del abismo, abrieron fuego sobre nuestra sociedad occidental de la prosperidad y el éxito, en lo que debe ser el más despiadado retrato que he podido tener de nuestro tiempo.

Sin ninguna condescendencia, pasando de la carcajada a la tragedia, de la simpatía al horror, "Narciso" cuenta el estado actual de las cosas a través del encierro letal de dos hermanos o tal vez reflejos en un baño de clase acomodada (ni izquierdas ni derechas, ellos están mucho más allá que ese debate caduco).

Me quedo corto cada vez que pienso sobre lo que vi ese sábado en la noche. Salimos con el pecho apretado y cinco cortinas de aplausos. Nos recuperamos después de mucha sobremesa y mal. Imposible no quedar hipnotizado por el trabajo actoral, la partitura perfecta de voz y movimiento, construida sobre todos los tics y ripios de la motricidad y el habla dura, casi hermética, de una adolescencia mal herida. Con todo el asco cultural que la publicidad convierte en fetiche y las series juveniles en guiño, acá se arma un salto mortal hacia el abismo.

Más modernos que los modernos, mucho más allá de toda la ampulosidad sobrante de la retórica escénica que habita nuestro teatro, rompiendo con todo y al mismo tiempo seleccionando lo mejor de sus maestros, benditos ellos, bendita su escuela, que dominan el oficio como pocos teatristas he visto en muchas vueltas al mundo, recorriendo tantas salas, levantándome decepcionado de tantas butacas, los habitantes de este espectáculo tremendo, hermoso y terrible que es "Narciso", han conseguido conjugar una estética manejada en el peligroso nivel de lo perfecto junto con un contenido que es pura dinamita.

Sin lugar a dudas la obra más política de nuestro tiempo sin tener el menor dogma ni consigna alguna. Deberían verla nuestros políticos, los que apenas tienen tiempo para leer, tan ocupados en sus campañas como para no ver las señales más profundas de estos tiempos, de esta sociedad, de nuestro hijos.

Deberían verlo padres, maestros, hijos, todo el que pueda. Dicen que solo les quedan dos semanas en cartelera. Están locos de la cabeza.

La obra protagonizada por Rodrigo Sobarzo y Angélica Vial está en cartelera de miércoles a domingo en el café "Sonoro", en un subterráneo de Santo Domingo con Miraflores.

> **"Deberían verla nuestros políticos, los que apenas tienen tiempo para leer, tan ocupados en sus campañas como para no ver las señales más profundas de estos tiempos, de esta sociedad, de nuestros hijos"**

"Narciso" no se tienta en caer en el patetismo paternalista de denunciar el sufrimiento de los adolescentes de La Pintana, la pasta base y la miseria ilustrada hasta el agotamiento por el sensacionalismo de los medios. Eligen con una mala leche desenfadada la clase protegida, los hijos de la élite, la madre tal vez progresista, el padre conservador, eso ya no importa, son los hijos de este país, los que se supone llevarán el timón de este mundo pasado mañana, los que padecen todo el desconcierto infernal de la cultura del éxito y la solidaridad convertida en antigualla.

La directora y dramaturga Manuela Infante.

Maravillosos por momentos, a ratos descomunales, conmovedores hasta la lágrima, cómicos hasta el desmayo, el trabajo de los dos actores, a solas más de una hora sobre el tablado de damas del piso del baño, nos deja marcados para siempre.

No creo que Manuela Infante y Compañía tengan siquiera la menor idea de lo que están haciendo. No solo están dando en el clavo sino que lo están enterrando hasta adentro.

Algún crítico "cool" dijo que son una generación con futuro. Es peor, son el presente puro y duro hablando de otra generación sin porvenir alguno. Son jóvenes diciéndonos a la cara ¡así nos tienen! Son una bofetada, un grito, la explicación de los muchachos no inscritos, la grieta por donde se va a la basura todo lo parloteado y repetido. Están fuera de todo. Van a dar la vuelta al mundo y no lo saben.

Mis acompañantes españoles lo sintieron un teatro para cualquier escenario de cualquier ciudad de cualquier país desarrollado. Feroces, implacables, atroces, dan una lección de teatro. Son maestros ya muy jóvenes. Dejan a La Troppa como un divertimento precioso, al teatro de muchos dramaturgos como el que firma como algo quizás hasta ingenuo y demodé, a la memoria de nuestros mejores espectáculos como algo que ya es pasado.

Marcan, una vez más y no exagero, un antes y después. Del que los vea, claro. Un antes y después en la vida, en la conciencia social, en el rol moral del arte, en la seriedad y el rigor que todo espectador se merece de un colectivo teatral. Tienen mucho más que decir como Matadero Palma, Teatro El Hijo, La María y otros emergentes. Pero con "Narciso" ya están colocados en la historia. Nos cuentan en el espejo sin ningún escrúpulo.

Al final, la piedad por esos muchachos, esa generación perdida, es total. No es el culto de moda de la generación equis, bromista, autocomplaciente, desesperada pero cómoda en el todo vale.

Aquí no hay salida.

O si la hay, que alguien la muestre.

Después de ver "Narciso" no se puede dormir tranquilo. Hay que hacer algo. No sé qué pero es urgente. Y si para algo existe el arte y la belleza es para eso.■

El factor Lipovetsky

Resaltado por la crítica como uno de los mejores montajes de la temporada (Eduardo Guerrero, de "La Tercera"; Javier Ibacache, de "La Segunda"), "Narciso" se presenta actualmente a tablero vuelto en la sala Sonoro (6320868) y ha extendido su temporada hasta el domingo 11 de septiembre.

La puesta escrita y dirigida por Manuela Infante, y protagonizada por Rodrigo Sobarzo y Angélica Vial, es resultado de una larga investigación teórica. Fue financiada por Fondart y cuenta con diseño integral de Claudia Yolin y la asesoría de Cristián Lagreze en el trabajo físico.

Al igual como lo hiciera en "Hipólito" (montaje del Taller Integrado de Diseño y Actuación de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, que se presentara en la sala Sergio Aguirre), la autora se apoya en el diagnóstico del individuo actual que entrega Gilles Lipovetsky en "La era del vacío", donde se plantea una interrogante ad hoc al discurso de la pieza: "¿Quién sino Narciso podría esbozar con mayor nitidez el perfil del nuevo hombre, mimado por una sociedad de consumo; habitante indiferente de un presente perpetuo?".

Las funciones son de miércoles a sábado a las 21.00 y los domingos a las 19.30 horas.■